

30 de abril de 2013

Acto en conmemoración del centenario del natalicio de Harald Edelstam
Discurso de Amerigo Incalcaterra, Representante Regional para América del Sur
del Alto Comisionado de Naciones Unidas para los Derechos Humanos
Pronunciado por el Sr. Humberto Henderson, Representante Regional Adjunto para
América del Sur del Alto Comisionado de Naciones Unidas para los Derechos Humanos

Estimado Sr. Antonio Prado, secretario ejecutivo de la CEPAL;
Excelentísima señora Eva Zetterberg, embajadora de Suecia en Chile;
Sr. Juan Pablo Crisóstomo, director de Derechos Humanos de la Cancillería de Chile;
Sr. Ricardo Lagos, ex Presidente de la República de Chile;
Sr. Ulf Hjertonsson, ex embajador;

A todas y todos los presentes, buenos días.

Hoy nos reunimos para conmemorar el centenario del natalicio de un hombre cuya biografía sencillamente nos emociona. Una persona extraordinaria, que utilizó los privilegios que la vida puso a su disposición para acudir en auxilio de tantos otros que enfrentaron vejaciones y persecución por causa de sus creencias y de sus ideales. Me refiero, como saben, al señor Harald Edelstam.

Más allá de los detalles, en nombre del Representante Regional del ACNUDH, es mi deseo destacar en este mañana el coraje. Y es que hay que tener mucho coraje para trabajar por las causas que abrazamos, por ejemplo, en el epicentro de una de las más grandes guerras que ha visto la humanidad. Su experiencia en Berlín, sin dudas, sensibilizó a Edelstam en relación a los abusos sufridos por las familias judías y de otros grupos étnicos que experimentaron persecución, tortura y muerte. Su posterior defensa de los derechos de estas personas en Suecia lo hizo merecer el apelativo de “Clavel Negro”, reservado solo a

aquellos que se asimilan al personaje de la Baronesa Orczy en su apasionada defensa de los oprimidos.

Como vimos, el recorrido heroico del señor Edelstam no se detuvo en Europa. Suecia estuvo representada a través de su persona en lugares como Indonesia, Filipinas y Guatemala. Fue precisamente en Guatemala, así como en otros países de Centroamérica, donde Edelstam dejó muy en claro que jamás titubearía a la hora de denunciar las violaciones a los derechos humanos en medio del incesante conflicto armado interno que allí se padecía.

Ya en 1972, una nueva misión encomendada por el gobierno de su país lo llevó a embarcarse hacia el sur del mundo. Harald Edelstam llegó a Chile como embajador de Suecia bajo el gobierno del presidente Salvador Allende, donde se encontró con un país que atravesaba profundas transformaciones sociales. Y donde también forjó una amistad entrañable con uno de los chilenos más universales, el gran poeta y Premio Nobel Pablo Neruda.

Pero, ¿por qué es importante reconocer la figura de Harald Edelstam? Además de su centenario, por supuesto, no es un misterio que este año es especialmente simbólico para quienes trabajamos por los derechos humanos. Sin ir más lejos, la propia Declaración Universal de los Derechos Humanos -uno de los más icónicos instrumentos internacionales de derechos humanos-, cumplirá el próximo 10 de diciembre 65 años desde su adopción por la Asamblea General de las Naciones Unidas. Es decir, la comunidad internacional celebra 65 años desde que alcanzó el consenso y alzó la voz para decir “Estos son los estándares básicos de dignidad que todo ser humano debe disfrutar”. Sesenta y cinco años no son mucho para la historia de este mundo, es cierto, pero son a la vez un gran logro y un desafío permanente para promover y proteger los derechos fundamentales de todas y de todos.

Permítanme comentarles, también, que este año la propia Oficina del Alto Comisionado para los Derechos Humanos está cumpliendo 20 años desde que la Asamblea General adoptó la resolución que la crea. Son veinte años de lucha, de pasión y de pequeños/grandes pasos con que hemos denunciado, como lo hizo Edelstam, las atrocidades que muchas personas enfrentan a diario y las hemos combatido con toda la fuerza de nuestros ideales, con el objetivo último de contribuir a la construcción de una sociedad mejor, más inclusiva, más plena y definitivamente más igualitaria.

Pero por supuesto, para este país también es relevante este año 2013, entre otras razones porque lo lleva a recordar uno de los momentos más difíciles de su historia. Hace casi 40 años, se interrumpía en Chile la soberanía del estado de derecho, a la vez que gravísimas violaciones a los derechos humanos como la persecución política, la tortura, la detención arbitraria y la desaparición forzada se volvían sistemáticas.

Fue en este contexto cuando Harald Edelstam dio cuenta una vez más de toda la fuerza de sus convicciones, que le llevaron a tener el coraje de desafiar, diplomática o frontalmente, a las autoridades de la época y a impedir, por ejemplo, 54 ejecuciones en el Estadio Nacional, muchos de ellos uruguayos. Tan significativa ha sido su figura en aquel país, que se estableció el Premio Harald Edelstam a favor de los luchadores de la defensa de los derechos humanos, una Rambla de Montevideo (en el barrio Capurro) hoy lleva su nombre, y el mes pasado se editó un sello conmemorativo en su honor, al cumplirse 100 años de su nacimiento.

Edelstam sabía que, en el Chile de los años 70, su inmunidad diplomática representaba un privilegio que no podía reservarse para sí mismo. En su lugar, la utilizó como un instrumento capaz de salvar y reconstruir vidas. Hoy en día, Suecia es el país que alberga a la mayoría de chilenos o descendientes de chilenos en el extranjero, muchos de los cuales escapaban del autoritarismo y fueron recibidos con las puertas abiertas gracias a la diplomacia sueca y, claro está, a Harald Edelstam.

Para ir finalizando estas palabras, durante este evento hemos tenido oportunidad de conocer de manera ilustrativa varias características de este extraordinario ser humano, cuyas obras honran la historia de Suecia y de los países donde Edelstam se desempeñó. De hecho, recuerdo que hace algunos meses en este mismo edificio –un lugar tan cargado de significado, por lo demás-, nos reunimos para rendir homenaje a Raoul Wallenberg, otro hombre extraordinario que Suecia vio nacer y desarrollarse en los mismos valores éticos de Edelstam: la profunda convicción de que todos los seres humanos tenemos los mismos derechos y que, por tanto, debemos ser tratados como iguales. Y también la creencia en que la cooperación y la fraternidad entre los seres humanos es el único camino para construir una sociedad mejor. No cabe duda de que estos valores son los que también inspiran el trabajo cotidiano de las Naciones Unidas.

Así como en Raoul Wallenberg, reconocemos en la historia de Harald Edelstam a un gran defensor de los derechos humanos, cuya figura es definida en la Declaración de 1998 sobre los Defensores de los Derechos Humanos de las Naciones Unidas, como aquellas personas que se esfuerzan en promover o proteger los derechos humanos, sea individual o colectivamente. “Los defensores de los derechos humanos son los héroes de nuestro tiempo”, ha señalado nuestra Alta Comisionada, la señora Navi Pillay, quien durante todo su mandato ha ensalzado la figura de las personas que consagran su vida a la defensa de la dignidad y los derechos propios y los de otros. Por eso es importante recordar la figura de Edelstam, de este sensacional hombre que no dudó en alzar la voz e izar la bandera de la dignidad, de los derechos y libertades fundamentales, a riesgo muchas veces de su propia integridad.

Finalmente, deseo expresar un sincero reconocimiento al trabajo de memoria histórica realizado por la Embajada de Suecia y de la Corporación Harald Edelstam, que en su afán de recordarnos el genio y el valor de la persona a quien homenajeamos, no hacen más que ayudarnos a garantizar que el derecho de todos y todas a la memoria. Su trabajo nos



ayuda a recordar que a pesar de las crisis y las enemistades, las personas poseemos un bien perenne, irrenunciable y del que no se nos puede despojar: nuestra dignidad.

Desde el Alto Comisionado felicitamos y apoyamos iniciativas como estas, que enaltecen la importancia de la dignidad humana y de nuestro derecho a no olvidar. Así que en este día los invito justamente a no olvidar, pues solo la construcción de nuestra memoria colectiva nos permite aprender de los errores y mirar hacia el futuro, con la frente en alto y con la firme esperanza depositada en los tiempos mejores que están por llegar. **Muchas gracias.**